

¡ AVISOS PARROQUIALES !
 Horario misas: **Laborales:** 9:30 y 20 h.
mes de agosto Domingos: 9, 12 y 20 h.
50 AÑOS DE LA PARROQUIA.

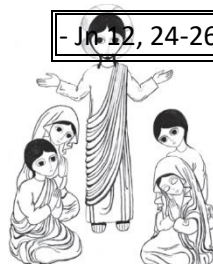


«No se trata de dar pan -que eso es fácil- sino de “ser pan” para los demás».

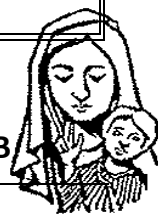
Para la Semana

5 LUNES DE LA XVIII SEMANA DEL T. O., feria o DEDICACIÓN BASÍLICA DE SANTA Mª
- Jer 28, 1-17. Jananías, el Señor no te ha enviado, y tú has inducido al pueblo a una falsa confianza. - Sal 118. R. Instrúyeme, Señor, en tus decretos. - Mt 14, 13-21. Alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición y dio los panes a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente.
6 MARTES. TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR, fiesta
- Dan 7, 9-10. 13-14. Su vestido era blanco como nieve. o bien: 2 Pe 1, 16-19. Esta voz del cielo es la que oímos. - Sal 96. R. El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra. - Mc 9, 2-10. Este es mi Hijo, el amado
7 MIÉRCOLES DE LA XVIII SEMANA DEL T. O. o SAN CAYETANO, presbítero,
- Jer 31, 1-7. Con amor eterno te amé. - Salmo: Jer 31, 10-13. R. El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño. - Mt 15, 21-28. Mujer, qué grande es tu fe.
8 JUEVES. SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, presbítero, memoria obligatoria
- Jer 31, 31-34. Haré una alianza nueva y no recordaré los pecados. - Sal 50. R. Oh, Dios, crea en mí un corazón puro. - Mt 16, 13-23. Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos.
9 VIERNES. S. TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ, virgen y mártir, patrona de Europa, fiesta
- Os 2, 16b. 17de. 21-22. Me desposaré contigo para siempre. - Sal 44. R. Escucha, hija, mira: inclina el oído. o bien: R. ¡Que llega el esposo, salid al encuentro de Cristo, el Señor! - Mt 25, 1-13. ¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!
10 SÁBADO. SAN LORENZO, diácono y mártir, fiesta
- 2 Cor 9, 6-10. Dios ama al que da con alegría. - Sal 111. R. Dichoso el que se apiada y presta.

- Jr 12, 24-26. A quien me sirva, el Padre lo honrará



PARROQUIA SANTA MARÍA DE LA ESPERANZA
4 DE AGOSTO 2024
DOMINGO XVIII TIEMPO ORDINARIO —CICLO B



NOSTALGIA DE ETERNIDAD

Cuando observamos que los años van deteriorando nuestra salud y que también nosotros nos vamos acercando al final de nuestros días, algo se rebela en nuestro interior. ¿Por qué hay que morir, si desde lo hondo de nuestro ser algo nos dice que estamos hechos para vivir?

El recuerdo de que nuestra vida se va gastando día a día sin detenerse hace nacer en nosotros un sentimiento de impotencia y pena. La vida debería ser más hermosa para todos, más gozosa, más larga. En el fondo, todos anhelamos una vida feliz y eterna.

Siempre ha sentido el ser humano nostalgia de eternidad. Ahí están los poetas de todos los pueblos cantando la fugacidad de la vida, o los grandes artistas tratando de dejar una obra inmortal para la posteridad, o sencillamente los padres queriendo perpetuarse en sus hijos más queridos.

Aparentemente, hoy las cosas han cambiado. Los artistas afirman no pretender trabajar para la inmortalidad, sino solo para la época. La vida va cambiando de manera tan vertiginosa que a los padres les cuesta reconocerse en sus hijos. Sin embargo, la nostalgia de eternidad sigue viva, aunque tal vez se manifieste de manera más ingenua.

Hoy se intenta por todos los medios detener el tiempo dando culto a lo joven. El hombre moderno no cree en la eternidad, y por eso mismo se esfuerza por eternizar un tiempo privilegiado de su vida actual. No es difícil ver cómo el horror al envejecimiento y el deseo de agarrarse a la juventud llevan a veces a comportamientos cercanos al ridículo.

Se hace a veces burla de los creyentes diciendo que, ante el temor a la muerte, se inventan un cielo donde proyectan inconscientemente sus deseos de eternidad. Y apenas critica nadie ese neorromanticismo moderno de quienes buscan inconscientemente instalarse en una «eterna juventud».

Cuando el ser humano busca eternidad, no está pensando establecerse en la tierra de una manera un poco más confortable para prolongar su vida lo más posible. Lo que anhela no es perpetuar para siempre esa mezcla de gozos y sufrimientos, éxitos y decepciones que ya conoce, sino encontrar una vida de calidad definitiva que responda plenamente a su sed de felicidad.

El evangelio nos invita a «trabajar por un alimento que no perece, sino que perdura dando vida eterna». El creyente se preocupa de alimentar lo que en él hay de eterno, arraigando su vida en un Dios que vive para siempre y en un amor que es «más fuerte que la muerte».

José Antonio Pagola



LA PALABRA DE DIOS

Lectura del Libro del Exodo 16, 2-4. 12-15.

En aquellos días, la comunidad de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad». El Señor dijo a Moisés: «Mira, haré llover pan del cielo para vosotros: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba a ver si guarda mi instrucción o no. He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: “Al atardecer comeréis carne, por la mañana os hartaréis de pan; para que sepáis que yo soy el Señor Dios vuestro”». Por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campamento; y por la mañana había una capa de rocío alrededor del campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino, como escamas, parecido a la escarcha sobre la tierra. Al verlo, los hijos de Israel se dijeron: «¿Qué es esto?». Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: «Es el pan que el Señor os da de comer».

Salmo 77. R: El Señor les dio pan del cielo. Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, lo contaremos a la futura generación: las alabanzas del Señor, su poder. R. Pero dio orden a las altas nubes, abrió las compuertas del cielo: hizo llover sobre ellos maná, les dio pan del cielo. R. El hombre comió pan de ángeles, les mandó provisiones hasta la hartura. Los hizo entrar por las santas fronteras, hasta el monte que su diestra había adquirido. R/.

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios 4, 17. 20-24

Hermanos: Esto es lo que digo y aseguro en el Señor: que no andéis ya, como es el caso de los gentiles, en la vaciedad de sus ideas. Vosotros, en cambio, no es así como habéis aprendido a Cristo, si es que lo habéis oído a él y habéis sido adoctrinados en él, conforme a la verdad que hay en Jesús. Despojados del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas.

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra que Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado». Le replicaron: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

REFLEXIÓN

Las gentes que siguen a Jesús se acuerdan de Moisés y del maná, un “pan” que les caía literalmente del cielo... No piensan ya en otro pan que no sea «como» ese, un pan material que no se acaba y sacia de verdad. Jesús les desengaña: hay “otro” pan que verdaderamente sacia, pero no sacia el estómago, sino el corazón. Jesús nos invita a resistir, a resistir-se ante ese venenoso maná actual del consumismo y la alienación. Por difícil que sea, no cabe otra opción que la resistencia mediante el decrecimiento, que es lo contrario de aquel maná del desierto. Decreced y resistiréis, diría Jesús: el amor solidario es el verdadero “pan del cielo”.

Parábola del pescador y el empresario

Un industrial rico y emprendedor se horrorizó cuando vio a un pescador tranquilamente recostado

junto a su barca contemplando el mar y fumando su pipa después de haber vendido el pescado.

- ¿Por qué no has salido a pescar? –le preguntó el hombre emprendedor.

- Porque ya he pescado lo bastante por hoy –le respondió el apacible pescador.

- ¿Por qué no pescas más de lo que necesitas? – insistió el industrial.

- ¿Y qué iba a hacer con ello? –preguntó a su vez el pescador.

- Ganarías más dinero –fue la respuesta, y podrías poner un motor nuevo y hacer más potencia tu barca. Así podrías ir a aguas más profundas y pescar más peces. Ganarías lo suficiente como

para comprarte unas redes de nylon, con lo que obtendrías más peces y más dinero. Pronto ganarías para tener dos barcas... y hasta una verdadera flota. Entonces serías rico y poderoso como yo.

- ¿Y qué haría entonces? preguntó de nuevo el pescador.

- Podrías sentarte y disfrutar de la vida –respondió el hombre emprendedor.

- ¿Y qué crees que estoy haciendo en este momento? –contestó sonriente el apacible pescador.

ORACIÓN.

Pan para saciar el hambre de todos. Amasado despacio, cocido en el horno de la verdad hiriente, del amor auténtico, del gesto delicado. Pan partido, multiplicado al romperse, llegando a más manos, a más bocas, a más pueblos, a más historias

Pan bueno, vida para quien yace en las cunetas, y para quien dormita ahído de otros manjares, si acaso tu aroma despierta en él la nostalgia de lo cierto.

Pan cercano, en la casa que acoge a quien quiera compartir un relato, un proyecto, una promesa. Pan vivo, cuerpo de Dios, alianza inmortal, que no falte en todas las mesas.

José María Rodríguez Olaizola, SJ

